Los principios esenciales de la conducción de la guerra

explicados como complemento de mi enseñanza a su Alteza Real el Príncipe Heredero

Carl von Clausewitz
(Otoño, 1812)

El texto que aquí presenta la "Revista de Marina" constituye el único resumen y explicación preparado por el mismo Clausewitz de sus tesis principales. Corresponde al texto publicado por la Editorial Ullstein en 1916. En nuestra opinión representa por ello la piedra de toque para determinar el grado de validez que debe reconocerse a las diversas interpretaciones que se han hecho sobre el pensamiento de Clausewitz, a causa fundamentalmente del carácter inacabado de la obra maestra de nuestro autor "De la Guerra". Como se verá por la lectura del texto que ofrecemos el mismo aleja a Clausewitz de sus intérpretes más polarizados como son por ejemplo Marx, Lenin o Mao. Sin duda quienes mejor parecen haber comprendido el pensamiento de Clausewitz son Gerhard Ritter y Carl Schmitt entre los alemanes y Basil Liddel Hart, Robert Osgood y Raymond Aron entre quienes no lo son.

Razones de espacio han hecho imposible la reproducción íntegra de este texto tan importante, por ello hemos suprimido los trozos más afectados por el transcurrir del tiempo, tratando de conservar aquéllos que contienen el núcleo esencial del pensamiento de Clausewitz. Esperamos con la presente publicación realizar una pequeña contribución para acabar en este caso con la maldición que suele pesar sobre los clásicos del pensamiento, a saber ser siempre citados y nunca leídos.

Hasta qué punto las tesis de Clausewitz siguen siendo válidas y aplicables los mostrará a cualesquier lector atento y reflexivo una aplicación de las mismas al análisis de los hechos bélicos más recientes.

Dr. Manuel Migone Peña.

Estos principios aunque resultado de una larga reflexión, así como de un continuo estudio de la historia de la guerra, han sido escritos muy rápidamente y por ello no pueden soportar un análisis excesivamente crítico de su forma. Además no pretenden referirse a la totalidad de ellos; solamente hemos seleccionado los más resaltantes, porque la brevedad es indispensable dada la naturaleza de este escrito.

No pretendo, pues, con estos principios ofrecer una completa instrucción a vuestra Alteza Real, sino simplemente darle ocasión para que reflexione por sí mismo, ofreciéndole algunas líneas de orientación para ello.

I

Principios relativos a la Guerra en general

Aunque la Teoría de la Guerra se ocupa primariamente en cómo lograr en los puntos decisivos un predominio en lo que respecta a fuerza física y potencialidades en general, cuando no es posible alcanzar esto, la teoría nos enseña a tomar en cuenta también las fuerzas morales apostando a las posibles fallas del enemigo, a la impresión que un esfuerzo audaz puede causar, incluso a aprovechar nuestra propia desesperación. Todo esto no queda en absoluto al margen del arte de la guerra y su teoría, puesto que ésta no es una reflexión racional sobre todas las situaciones en las que se puede caer en la guerra. Sobre en lo que más frecuentemente hay que reflexionar es sobre las situaciones más peligrosas de modo que caídos en ellas no nos veamos sometidos a vacilación alguna. Esto conduce a obtener la capacidad de tomar decisiones heroicas, pero sustentadas y motivadas por una fundamentación racional, de modo tal que ningún frío calculador pueda nunca ponerlas en peligro con sus cuestionamientos.

Aquel que quiera presentar estos temas a vuestra Alteza Real de otro modo, no es sino un pedante cuyas opiniones pueden resultar perjudiciales.

1.- Llegará el momento en que vos, en uno de esos grandes momentos de la vida, esto es, en medio del fervor de la batalla, sentiréis que los principios que aquí os expongo son los únicos que pueden ayudar allí donde más ayuda se necesita, es decir, en las mismas ocasiones en las cuales la seca vanidad de los calculistas nos deja en la estacada.

2.- Naturalmente en la guerra se busca siempre poder contar con la probabilidad del éxito, sea esto a causa de una superioridad de fuerzas morales o de fuerzas físicas, pero esto no es siempre posible. Frecuentemente, en un conflicto se debe emprender algo teniendo aparentemente en contra la probabilidad del éxito, ello cuando no hay mejor alternativa. Puesto que si en esos casos caemos en la desesperación, la planificación racional no operaría justo cuando más la necesitemos, vale decir en aquellas ocasiones donde todo parece estar en nuestra contra.

Por tanto, incluso en aquellos casos en los cuales la probabilidad del éxito está en nuestra contra, no debemos pensar que nuestra causa está irremediablemente perdida y que continuar defendiéndola sería actuar irracionalmente; racional es todo plan para el

cual no hay una mejor alternativa y cuando en su ejecución los pocos medios de que se dispone se emplean del mejor modo posible.

Para que en tales situaciones no carezcamos de serenidad y firmeza, virtudes las cuales son las primeras en ser puestas a prueba en una guerra y que resultan tan difíciles de mantener en situaciones aparentemente desesperadas, y sin las cuales las más brillantes cualidades del espíritu no sirven de nada en batalla, debemos familiarizarnos con la idea de una caída gloriosa, hay que acostumbrarse plenamente a esa idea y tenerla siempre presente en el corazón.

Esté usted seguro, Alteza, que sin la firme decisión de, llegado el caso, caer con gloria antes que perder el honor, ni siquiera en las más ventajosas de una guerra se puede conseguir nada grande y mucho menos en una situación de desventaja.

Federico II se debe haber ocupado con mucha frecuencia en este pensamiento durante su primera campaña de Silesia. Porque estaba plenamente familiarizado con él es que emprendió, en aquel glorioso 5 de diciembre, la ofensiva contra los austríacos en Leuthen; fue por ello que se permitió atacar estando en tan desfavorable posición.

3.- En todas las operaciones entre las cuales tenga usted que optar en un determinado caso, entre todas las medidas entre las que tendrá usted que elegir siempre tendrá que optar entre medidas audaces y medidas precavidas. Alguna gente opina que la teoría de la guerra aconseja siempre ser precavido. Esto es falso. Si la doctrina de la guerra algo enseña, es que hay que preferir siempre, dada la naturaleza de la guerra, lo más audaz, lo que apunta a obtener ventajas decisivas.

Ahora bien, la teoría sin embargo enseña que el general debe elegir un estilo adecuado al grado de su valor, de su seguridad en sí mismo, de su espíritu de empresa. Elija usted por lo tanto, Alteza, un estilo de conducción de la guerra adecuado a su fuerza interior, pero no olvide que ningún general ha llegado a ser verdaderamente grande sin audacia.

II

Estrategia

Es el enlace de las batallas aisladas de una guerra para ponerlas al servicio de los objetivos de la campaña y de la guerra.

1. - Principios Generales

a) En la conducción de una guerra hay siempre tres objetivos principales: derrotar y aniquilar las fuerzas armadas del enemigo, apoderarse de sus armamentos y aprovisionamientos y ganar para sí la opinión pública.

b) Para obtener el primer objetivo hay que dirigir siempre las operaciones principales contra el núcleo del ejército enemigo o por lo menos contra un componente esencial de sus fuerzas, obtenido este objetivo se puede esperar alcanzar los otros dos.

c) Para apoderarse de los aprovisionamientos del enemigo hay que dirigir las operaciones contra los puntos donde estos suelen estar concentrados, como

son ciudades importantes y grandes fortalezas.

d) La opinión pública del enemigo se gana a través de grandes victorias y la ocupación de la Capital.

e) El primero y el más importante de los principios que ha de seguirse para obtener estos objetivos es el siguiente:

Emplear todas las fuerzas de que disponemos en el máximo de sus esfuerzos. Cualquier moderación que se ejerza está aquí fuera de lugar. Aun en los casos en los cuales el éxito es prácticamente seguro, resulta un error no hacer el máximo esfuerzo para estar totalmente cierto de la victoria. Tal esfuerzo no puede ser nunca perjudicial. Se dirá que con él se somete a gran presión al propio pueblo, pero esta presión culmina en la rápida obtención de un buen resultado, con el consiguiente cese de la misma.

Además es de un enorme valor moral que el pueblo perciba este esfuerzo, al verlo todos quedan convencidos de la seguridad de la victoria y éste es el mejor medio para conseguir que la nación se ponga en pie de lucha.

f) El segundo principio es concentrar lo más posible sus fuerzas donde debe ocurrir el combate decisivo. Si es preciso, hay que descuidar otros puntos con tal de obtener la ventaja en éste, puesto que el éxito aquí compensará inmediatamente todas las desventajas en otros lugares.

g) El tercer principio es no perder tiempo nunca, salvo en el caso en el cual se pueda sacar directo provecho de la inactividad momentánea. Es de capital importancia actuar lo más rápidamente posible. Por medio de la rapidez, posibles medidas del enemigo son ahogadas en germen y además se obtienen grandes ventajas en la conquista del apoyo de la opinión pública.

La sorpresa es en la estratégica aun más importante que en la táctica. Es el más eficaz principio para obtener la victoria. El Emperador Napoleón, Federico II, Gustavo Adolfo, César, Aníbal y Alejandro le deben a la rapidez y la sorpresa los más brillantes rayos de su gloria.

h) El cuarto y último principio es emplear la mayor energía en el aprovechamiento de nuestros éxitos.

Solo a través de la enérgica persecución y aniquilamiento del enemigo que huye se aseguran los frutos de la victoria.

i) El primero de los principios mencionados es el fundamento de los otros tres. En ellos se puede arriesgar lo máximo sin poner el éxito final en juego. Cuando se ha seguido con exactitud el primer principio, ello nos da los medios para formar nuevas fuerzas que nos apoyen y con nuevas fuerzas puede uno reparar cualquier error previo.

Esto nos muestra que la verdadera prudencia no consiste en avanzar tímidamente sino en hacerlo con pasos generosos.

j) En la época actual Estados pequeños no pueden costearse el realizar guerras de conquista. Pero para las guerras defensivas incluso las pequeñas fuerzas de un país pequeño, pueden tener efectos infinitamente grandes. Por esto, estoy completamente convencido que, en este tipo de guerra, cuando uno emplea la totalidad de sus fuerzas de manera que pueda hacer surgir siempre de nuevo nuevas masas de combatientes, el que ha tomado a tiempo todas las medidas precautorias, el que ha sabido acumular sus fuerzas en los puntos clave, y que además con firme determinación y gran energía apunta a una meta gloriosa, ha hecho todo lo que se pueda hacer para lograr una adecuada conducción de la guerra en esos casos. Por ello, si es que no es totalmente desafortunado

acabará alcanzando la victoria, si su adversario le es inferior en esfuerzo y energía.

k) Si se respetan estos principios importa realmente poco la forma específica en que se conducen las operaciones. Sin embargo, quiero tratar brevemente también esta problemática.

En la táctica se buscará siempre envolver al enemigo o, al menos, a aquélla de sus fuerzas contra las cuales se ha dirigido el ataque principal. Esto, porque el efecto de la acción concéntrica de las Fuerzas Armadas es más ventajoso que el efecto de fuerzas colocadas en líneas paralelas; además, envolviendo al enemigo se cortan sus líneas de retirada.

Pero hay que tener en cuenta desde el punto de vista de la estrategia algunas restricciones a esta tesis. Cuando se trata de grandes campos de batalla las fuerzas que participan en el movimiento envolvente no pueden participar, mientras dure este movimiento, al mismo tiempo en una batalla. El adversario que se encuentra concentrado en el centro del espacio en disputa podrá volverse como fuerza unida contras las fuerzas parciales del enemigo derrotándolas por separado, que es lo que hizo Federico II en sus campañas de 1757 y 1758.

Dado que el éxito en la batalla es lo decisivo, cuando el movimiento concéntrico no lo realiza una fuerza abrumadoramente mayor, resulta altamente peligroso si uno se enfrenta a un adversario competente. Es decir que desde el punto de vista de la estrategia el que se encuentra en el centro tiene ventaja sobre el enemigo que trata de envolverlo.

Por lo tanto el Coronel Jomini tiene razón mientras que von der Goltz se equivoca, porque asigna una importancia que no tiene al hecho de cortar el aprovisionamiento del enemigo.

Ciertamente, para cortar la línea de retirada del enemigo es muy eficaz un envolvimiento estratégico. Pero es más aconsejable obtener el mismo fin a través de un envolvimiento táctico. El envolvimiento estratégico es solamente preferible cuando se dispone de una enorme superioridad en fuerzas físicas y morales de manera tal que aun prescindiendo de las fuerzas que se destacan para obtener el envolvimiento estratégico se mantenga una ventaja significativa en el punto principal en conflicto. El Emperador de Francia nunca utilizó el envolvimiento estratégico y eso a pesar de que frecuentemente tenía una gran superioridad física y siempre la moral en el campo de batalla.

III

Sobre la aplicación de los mencionados principios de la Guerra

Los principios del arte de la guerra son en sí mismos sumamente sencillos. En realidad, provienen de la esfera del sentido común, aunque en el campo de la táctica suponen más conocimientos especializados; la cantidad necesaria de éstos es realmente muy pequeña e inferior a cualquiera que se emplee en las otras disciplinas científicas. Erudición y profundidad científica no son requisitos indispensables en este campo, incluso ni siquiera lo es una gran sutileza de la inteligencia. Si además de una facultad de juzgar entrenada se requiriese una forma de inteligencia, ésta sería la astucia. A lo largo de mucho tiempo se ha

sostenido lo contrario movidos por una falsa veneración por la materia y también por la vanidad de los autores que se ocupan del tema.

Si reflexionamos sobre el asunto sin dejarnos guiar por ningún prejuicio, tenemos que reconocer lo que la experiencia nos enseña con tanta claridad.

En las recientes guerras de la Revolución Francesas han actuado como generales sumamente competentes e incluso como generales de primera magnitud, personas, que no tenían ninguna erudición sobre temas estratégicos. Además, el si Conde, Wallenstein o Suworow tenían una gran cultura en este campo, es cosa sumamente dudosa.

Conducir la guerra es ciertamente cosa muy difícil. Sobre esto no cabe la menor duda, pero la dificultad no consiste en que se requiera una gran erudición o una inteligencia genial para con ellos entender los principios del arte de la guerra, esto es cosa que está al alcance de cualquier inteligencia bien organizada y actuando sin prejuicios. Incluso aplicar estos principios en el papel sobre un mapa no es cosa que revista especial dificultad, diseñar un buen plan de operaciones no implica haber realizado una obra maestra de la estrategia. Toda la dificultad reside en permanecer fiel durante la ejecución a los principios que uno ha aceptado.

Llamar vuestra atención sobre este obstáculo es el objetivo de este último parágrafo, y el que vuestra Alteza Imperial se forme un claro concepto sobre este punto lo considero como el objeto principal de esta carta.

La dirección general de una guerra es equivalente a la acción de un mecanismo complejo actuando con gran fricción, de modo que las combinaciones que son fáciles en el papel resultan realizables sólo por medio de los más grandes esfuerzos.

Es así que el libre arbitrio del general en una guerra se ve en cada momento restringido, de modo que se requiere de una gran fuerza para superar la resistencia. Aunque por otro lado hay que reconocer que esta fricción es también ocasión del surgimiento de buenas ideas, al forzarnos a operar siempre con la máxima sencillez y simplicidad para que nuestras combinaciones alcancen el máximo de eficacia a pesar de la resistencia.

Describir completamente las causas de esta fricción no es cosa que podamos hacer aquí, basta con mencionar las principales:

1.- Siempre se sabe mucho menos de la situación y medidas tomadas por el enemigo que de lo que se presume al respecto en los planes de batalla. En el momento en el cual tratamos de llevar adelante una decisión tomada, inmediatamente nos sobrecoge una multiplicidad de dudas relativas a los peligros que podrían amenazar a nuestras fuerzas si nos hubiésemos equivocados respecto a nuestras presuposiciones a propósito del enemigo. Un sentimiento de temerosidad, por cierto, se apodera muy fácilmente de los hombres que están a punto de emprender grandes cosas. Si esto ocurre, se cae muy fácilmente en la indecisión y ésta conduce a la toma de medidas vacilantes e inadecuadas.

2.- Frecuentemente ocurre que no sólo caemos en la duda sobre la verdadera fuerza del enemigo sino que también los rumores tienden a agigantar su número. Esto se debe a que la mayor parte de los hombres son por naturaleza temerosos. Esto los lleva regularmente a exagerar los peligros que enfrentan. Todas estas influencias actúan sobre el general tendiendo a provocarle una idea errónea sobre la verdadera

fuerza del enemigo, convirtiéndose así en una nueva fuente de indecisión.

No debe subestimarse nunca esta situación de incertidumbre. Es más, es preciso prepararse cuidadosamente para enfrentarla.

Si con la debida antelación se ha estudiado cuidadosamente la situación, determinando por medio de un análisis sin perjuicios cuál es el más probable de los escenarios estratégicos, no se debe estar dispuesto a cambiar fácilmente de opinión, sino más bien, se debe someter a crítica las noticias que se reciben del frente, comparándolas entre sí y, llegado el caso, buscando nuevas fuentes de información. Se descubrirá que con esto las noticias contradictorias frecuentemente se anularán entre ellas, confirmándose las primeras hipótesis; así, el general adquirirá la certeza fortaleciendo sus decisiones. Si falta la certeza, hay que recordar que en la guerra no se puede triunfar sin atreverse, y que lo probable sigue siendo probable, aunque las razones para sustentar nuestras hipótesis no resulten perceptibles por los sentidos. Finalmente debe tenerse en cuenta que una hipótesis sola y bien fundada no debe abandonarse en cuanto se percibe que implica un error de detalle.

3.- La incertidumbre sobre la situación general atañe no sólo a la fuerza del enemigo sino también a las propias. Éstas no pueden ser mantenidas permanentemente en tal cohesión que se tenga una información clara y precisa en todo momento sobre su situación. Si uno tiende a la temerosidad esta situación hará surgir inmediatamente dudas. La consecuencia de ello será caer en una inmovilidad momentánea lo que provocara la parálisis del esfuerzo general.

Se debe, pues, tener confianza en las propias decisiones y en que éstas tendrán el efecto previsto. En especial hay que tener confianza en los oficiales superiores subordinados. Esto, a su vez, implica que a la hora de nombrarlos no se debe tener en cuenta sino el que en batalla se pueda confiar plenamente en ellos, desechando cualesquier otra consideración. Si se han tomado las medidas adecuadas, si dentro del planeamiento se han tomado en cuenta las posibles contramedidas del enemigo de modo que si esas acontecen nos encuentren preparados, podemos avanzar con valor y seguridad a través de la noche de la incertidumbre.

4.- Si se quiere obtener el máximo de esfuerzo de las propias fuerzas durante la conducción de la guerra, frecuentemente los subalternos y en especial los conscriptos enfrentarán dificultades que en una primera impresión les parecerán insuperables. Encontrarán las marchas demasiado largas, los esfuerzos excesivos, los abastecimientos insuficientes... si se va prestar oído a todas estas dificultades, como las llamaba Federico II, pronto nos derrumbaremos moralmente y en lugar de actuar con fuerza y energía nos volveremos débiles y vacilantes en el obrar. Resistir estas presiones exige confianza en el propio juicio y pleno convencimiento de estar en lo correcto, ello hará que momentáneamente parezcamos tercos, pero no se trata aquí de terquedad, sino de aquella virtud de la inteligencia y del carácter que denominamos firmeza.

5.- Todos los efectos con los cuales se cuenta en la guerra nunca son tan precisos como los calculó aquel que ha observado la guerra con todo cuidado y está plenamente acostumbrado a ella.

Frecuentemente se equivoca uno sobre la ubicación precisa de una columna en muchas horas sin que pueda decirse dónde está ubicada ese preciso momento; frecuentemente también nos encon-

tramos con obstáculos con los cuales no se había contado; otras veces se cree que en determinado momento se habría alcanzado una cierta ubicación geográfica y en cambio se llega a ella sólo varias horas después; otras veces un pequeño punto que hemos establecido rinde mucho menos de lo que esperábamos, mientras que otro del enemigo rinde mucho más, etc. Vencer todas esas dificultades es algo que no se puede conseguir si no es por medio de los mayores esfuerzos de que son capaces nuestras fuerzas; ahora bien, alcanzar que se realicen estos esfuerzos exigen del general un rigor tal que linda con la dureza. Solamente cuando el general puede estar seguro que sus tropas rinden siempre su máximo posible le es permitido presumir que las mencionadas dificultades no ejercerán una influencia decisiva sobre las operaciones de modo tal que nunca quedará muy lejos de alcanzar el fin que se había propuesto.

6.- Es perfectamente lícito presuponer que en la realidad una Fuerza Armada nunca se encuentra en el estado en el cual presuponen que está quienes prepararon en sus gabinetes las operaciones militares.

Lo más probable es que estos cálculos en el papel nos atribuyen un tercio más de capacidad operativa de la que realmente disponemos. Por lo tanto aquello que en el momento de abrir las operaciones parece fácil, resulta en la ejecución sumamente difícil y a veces casi imposible. Ahora bien, si el general es un hombre movido por una elevada ambición, y está dotado de gran audacia y fuerza de voluntad, acabará alcanzando sus objetivos, mientras que un hombre vulgar utilizará los errores de cálculo y apreciación como excusas para abandonar la acción.

Massena en Génova y Portugal. Allí los ilimitados esfuerzos que por medio de su dureza y fuerza de carácter obtuvo de sus hombres resultaron coronados por el éxito. Incluso, en Portugal fue el último en retroceder y ceder campo.

Con mucha frecuencia el enemigo se encuentra en una situación muy similar al de las propias fuerzas propias. Ejemplo de esto son Wallenstein y Gustavo Adolfo en las cercanías de Nuremberg, y el Emperador Napoleón y Bennigsen después de la batalla de Eylau.

7.- El abastecimiento de las tropas tiene que ser a través de almacenes o de requisiciones, las dificultades que esto implica son grandes; por ello los equipos de planeamiento deben prestarle especial importancia a la hora de determinar las medidas a tomar. Jamás olvidar, sin embargo, que es completamente absurdo privilegiar la búsqueda de alimentos en lugar de las medidas decisivas que nos permitan alcanzar la victoria.

Un general capaz de obtener de sus tropas los más grandes esfuerzos, las más grandes renuncias, y un ejército que por medio de grandes guerras se ha acostumbrado a estos sacrificios, tienen una enorme ventaja sobre sus enemigos para un planeamiento más o menos igual. El valor de los resultados puede ser totalmente distinto.

8.- Para los casos arriba mencionados y todas las otras dificultades que pueden aparecer deben tenerse en cuenta lo que sigue:

Las representaciones intuitivas sensoriales que se reciben durante la ejecución de los planes son mucho más fuertes que aquéllas que nos a causado la meditación. Pero en realidad no son sino la primera apariencia de las cosas y ellas, como bien sabemos, rara vez coinciden con el ser de las mismas, por tanto se está en el peligro de sacrificar la

madura obra del entendimiento dejándose llevar por el brillo de la apariencia.

El que la primera impresión, por regla general, suscita temor, inclina a un exceso de prudencia.

Contra esto hay que precaverse y esto sólo se puede conseguir teniendo una ciega confianza en los resultados de la propia reflexión racional, fortaleciéndose, de este modo, contra los debilitantes influjos provenientes de las impresiones del momento. Si tal es la dificultad de la ejecución mucho depende de la seguridad y firmeza de las propias convicciones. Por esto es tan importante el estudio de la historia de la guerra, por que en ella se conoce la cosa misma en el propio transcurrir del acontecer. Los principios, cuyos conocimientos se alcanzó a través del aprendizaje de la teoría de la guerra, facilitan el estudio de la historia de la misma enseñándonos a concentrarnos en lo esencial.

Por tanto vuestra Alteza Imperial debe familiarizarse con los principios aquí expuestos y ponerlo a prueba en la lectura y estudio de la historia de la guerra para ver si son ratificados o rectificados.

A parte de experiencia propia de guerra sólo el estudio de la guerra puede darnos una idea clara de lo que he llamado fricción en la máquina.

Por cierto que en esta lectura no debe usted buscar los últimos resultados ni mucho menos el razonamiento de los historiadores, sino que tiene que ir al detalle. Porque los historiadores rara vez se proponen alcanzar la mayor verdad posible como meta de su obra, más bien tratan de enaltecer las acciones de sus ejércitos o de demostrar cómo los hechos concuerdan con las teorías que ellos defienden. En realidad, en lugar de escribir historia la inventan. Mucha historia no es indispensable para el fin que nos proponemos. El conocimiento detallado y minucioso de un par de batallas es más útil que un conocimiento en general de muchas campañas.

Por esto resulta de una mayor utilidad leer los partes oficiales y diarios de campaña que libros de historia. Una muestra insuperable de exactitud descriptiva es la narración de la defensa de Menin, ocurrida en el año 1794, hecha por el general Scharnhorst. Esa narración, en especial lo referido a la salida y ruptura del cerco, ofrecerá a Vuestra Alteza una adecuada medida de cómo se debería escribir siempre la historia de la guerra.

Ninguna otra batalla en el mundo ha fortalecido tanto en mí mi convencimiento de que hasta el último momento hay que mantener la esperanza de la victoria y que el efecto de los buenos principios, aun en aquellos desafortunados casos en los cuales su influjo parece ya totalmente perdido, inesperadamente vuelve a reaparecer.

Abra usted su corazón a tales sentimientos. Sea usted audaz y astuto en sus proyectos, firme y perseverante en la ejecución, y, ante todo, absolutamente decidido a, sí es necesario, caer con gloria antes que aceptar el deshonor.

Se hacéis todo esto, el destino colocará una corona luminosa sobre vuestra joven cabeza, cuya luz mantendrá iluminados vuestros rasgos en el corazón de vuestros más lejanos descendientes.